

Pátzcuaro, y por mucho tiempo fuimos oyendo el eco de las campanas que seguían doblando.

En el camino tuvimos que apagar uno de los carros de municiones cuyas maderas comenzaban á arder; y antes de llegar á Huiramba un soldado que cayó, al pasar un arroyo, disparó su fusil é hirió á tres hombres.

Pernoctamos en Huiramba, y al día siguiente entramos á Morelia, donde los conservadores nos daban por derrotados.

Como he demostrado, el enemigo estaba lejos de ser tan despreciable como nos hacía creer el Sr. Ocampo. Nos había presentado un batallón de 400 á 500 plazas, bien armado y vestido y con oficiales bastante regulares. La caballería, que era muy superior á la nuestra, pasaba de 500 hombres y tenía un cañón. Sospechando ésto, fué mi empeño que fuéramos superiores en artillería.

Tres causas determinaron nuestro triunfo: 1.^a Haber volteado la posición del Cristo; 2.^a Que el enemigo no ocupó á tiempo el cerro de su izquierda; 3.^a Que no tomó desde el principio la iniciativa con todas sus fuerzas.

NOTAS.—1.^a En todo el curso de este escrito puede observarse lo inconveniente que es confiar á tropas improvisadas la defensa de las instituciones y de los Estados; pues se nota la diferencia entre aquellas y las de línea.

2.^a las apreciaciones hechas sobre el 2.^o de infantería, se fundan: en su conducta durante esta expedición; en datos recogidos de varios amigos después de la revolución; y en fin, en el fuerte extrañamiento que hizo el General Don José María Tornel, siendo Ministro de la Guerra, al Capitán Vivanco, por no haber cumplido sus compromisos en Michoacán; cosa que me consta.

Sacado de mis apuntes de campaña.—México, Mayo de 1871.

P. S. Debo decir, en prueba de imparcialidad, que ocupado Pátzcuaro nuevamente por el enemigo, éste mandó á Morelia al Capitán Canto y á los demás heridos que dejamos en aquella ciudad.

Desgraciadamente este ejemplo no fué imitado en las luchas subsecuentes.

Marcha sobre los sublevados de Maravatío.

MUN no nos quitábamos el polvo del camino, cuando llegó la noticia de que el español Don José Urquiza se había pronunciado en Maravatío con quinientos rancheros montados.

Pocos días antes, los indígenas de Cuitzeo se habían levantado también; y habiendo el Gobernador Ocampo mandado comisionados á los Señores Alcaraz y Tena, personas de prestigio entre ellos, con el fin de hacerlos volver al orden, los sublevados los maltrataron, volviendo aquellos Señores á Morelia, llenos de heridas y contusiones.

Los dispersos de Bahamonde se habían incorporado á las fuerzas de Uruga y se disponían á tomar la iniciativa. El General Uruga, que juzgaba aquel teatro muy reducido para él, había marchado á Guadalajara llevando una escolta.

Como se vé, estábamos rodeados por todas partes; y el Señor Ocampo había dado licencia al Batallón Matamoros para que los soldados fuesen á sus casas, no dejando en el cuartel más que una compañía.

En tan apuradas circunstancias, no podía disponer más que del 2.^o, de los gendarmes y la caballería. Es decir, que á excepción de esta última, no había más fuerzas que las desafectas al Gobierno. Con los 80 hombres del 2.^o, con poco más de 100 gendarmes y unos 80 caballos,

mandó el Gobernador al comandante Calderón con objeto de atacar á Urquiza.

Al día siguiente de la salida, Calderón escribió al Gobernador que necesitaba que yo fuera á incorporarme con la fuerza. Recibí la orden á las seis de la tarde: me dieron un malísimo caballo y un guía; oscureciendo salí de Morelia, y pasada la media noche, llegué á la Hacienda de Queréndaro, donde se hallaba Calderón, con mil tropiezos, dificultades y cansancio.

Al siguiente día emprendimos la marcha para Zinapécuaro, comunicándole antes al Gobernador que Urquiza, abandonando á Maravatío, se retiraba rumbo á Cuitzeo, y por lo tanto que esperaríamos nuevas órdenes en Zinapécuaro.

Los gendarmes estaban desmoralizados é insolentados, casi se habían insurreccionado la víspera. El 2º, como tropa de línea, conservaba su buen orden; pero era evidente que esperaba una circunstancia favorable para obrar.

Así las cosas, recibió el comandante Calderón orden del Gobernador para seguir á Cuitzeo en persecución de Urquiza, ó más adelante si era necesario, y al mismo tiempo que pacificase á los indígenas.

Esta orden era imprudente. El enemigo obraba en un radio de poco más de una jornada. Nosotros tendríamos que hacer por lo menos dos jornadas largas, y dos de vuelta en caso de necesidad, serían cuatro; sin contar el tiempo empleado por el correo que trajese la orden, y suponiendo que no encontráramos obstáculo de ningún género á la ida ó á la vuelta. En este tiempo, el enemigo, forzando una marcha, podía al día siguiente estar en Morelia, donde no había guarnición para resistirle. Además, entre aquella ciudad y nosotros, se iba á interponer un obstáculo natural infranqueable, como es la Laguna de Cuitzeo, pues era natural prever que los sublevados serían dueños de las pocas canoas que hay en la Laguna, y que aun dueños de ellas nosotros, tardaríamos lo menos dos días en pasar la sección.

Era casi seguro que los indígenas sublevados serían por lo menos 300, que unidos á los 500 de Urquiza, se-

rían 800 en terreno quebrado y escogido por ellos. Para batir á estos hombres, aun suponiendo que estuviesen mal armados, contábamos con menos de 300 soldados en malas condiciones. Entre tanto, Bahamonde podía avanzar sobre Morelia sin que pudiéramos socorrerla.

Todas estas razones, expuestas con respeto y moderación, se le manifestaron oficialmente al Sr. Gobernador Ocampo. Pero este Sr. se llenó de ira, destituyó del mando al comandante Calderón, á pesar de que era su íntimo amigo, y ordenó que la sección contramarchara inmediatamente á Morelia. Así agraviaba á un Jefe punzonoso que acababa de prestar un importante servicio al Estado, sin llevar á cabo, sin embargo, la expedición á Cuitzeo.

Llegamos á Morelia á buen tiempo, porque Bahamonde, habiéndose reunido con las fuerzas de Uraga, ocupó de nuevo á Pátzcuaro, donde Urquiza se le incorporó pocos días después.

Quedamos desde luego á la defensiva en espera de una sección de tropas que venía de México.

En efecto, pocos días después llegó el General D. Angel Pérez Palacios con un batallón del Estado de Guerrero, dos escuadrones de caballería y dos piezas de campaña del calibre de á 8. *Al mismo tiempo se comenzó á recoger la gente del Batallón Matamoros.*

El enemigo se retiró á Zamora, y nosotros comenzamos á prepararnos para ir á atacarlo.

NOTA.—Parecerá extraño que el Sr. Ocampo dirigiese las operaciones y no el comandante militar; pero es lo cierto. Yo ignoro las instrucciones que sobre ésto tendría el comandante Calderón.
